

RETIRO: “LAS PARÁBOLAS DE JESÚS”

I.- INTRODUCCIÓN. EL GRANO QUE CRECE POR SÍ SOLO.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

Jesús proclamó por todas partes el Reino de Dios, pero si alguien le preguntaba en qué consistía ese “Reino”, no le respondía con una definición. Lo hacía contando breves historias, llamadas “parábolas”.

Una parábola no es un cuento infantil: no hay hadas, ni príncipes, ni dragones, ni magos. Tampoco es una fábula: no hay animales que hablan y que transmiten frases llenas de sabiduría, que concluyen con una moraleja.

Una parábola es un relato, formado a partir de hechos sacados de la vida cotidiana, a través del cual se intenta explicar una realidad o verdad.

Las parábolas forman parte de un género literario popular, muy arraigado en el pueblo hebreo. Un género literario que, por eso mismo, es muy habitual en la Biblia, cuyos personajes suelen expresarse por medio de imágenes y no por medio de definiciones o conceptos abstractos.

En las parábolas, las realidades invisibles se explican mediante su comparación con realidades terrenas, visibles, y Jesús las utilizó para el anuncio de su Buena Noticia. Hoy el Evangelio es un libro; pero “en aquel tiempo”, el Evangelio se anunció a través de un conjunto de conversaciones en lenguaje corriente.

Cuando Jesús hablaba, no había eruditos a su alrededor, sino una masa de gentes del pueblo: amas de casa, pescadores, labradores, pastores, herreros carpinteros, tejedores, comerciantes, funcionarios, pobres, enfermos, lisiados... No les podía hablar como se habla en los libros, sino como se charla en la plaza del mercado.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿cuántas parábolas de Jesús sabría enumerarle?
- ¿Comprendo el significado de las parábolas? ¿Hay alguna que me resulte difícil de entender?
- ¿Descubro nuevos aspectos cada vez que las vuelvo a escuchar, o siempre me quedo en el mismo significado?
- ¿Qué parábola es la más significativa para mí? ¿Por qué?

JUZGAR:

Así pues, las parábolas de Jesús tratan del Reino de Dios. Jesús no ha venido a anunciarnos otra cosa, y lo explica mediante este género literario. Y así nos va mostrando las diferentes facetas de esta Buena Noticia del Reino.

A través de elementos y experiencias cotidianas, en los que iremos profundizando en estos retiros, Jesús va perfilando ese Reino que Él ha venido a anunciar:

- Es algo muy simple, capaz de ser entendido por todos.
- Pero también es algo oculto y valioso, como un tesoro.
- Su apariencia es pequeña, como una semilla.
- Pero a la vez es muy dinámico y poderoso, como la levadura.
- Es muy abierto, como una red de pesca en la que caben todo tipo de peces.
- Pero a la vez no todos lo desean, hay que decidirse: o se pertenece a ese Reino, o se está fuera.

Teniendo esto presente, Jesús quiso servirse de las parábolas para anunciar su Reino. Y el evangelista san Mateo nos transmite la razón:

Mt 13, 10-17

¹⁰Se le acercaron los discípulos y le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?». ¹¹Él les contestó: «A vosotros se os han dado a conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. ¹²Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. ¹³Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. ¹⁴Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: "Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; ¹⁵porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure". ¹⁶Pero dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. ¹⁷En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.

El evangelista san Mateo recoge la pregunta que hacen a Jesús sus discípulos: **¿Por qué les hablas en parábolas?** y de este modo aclara cuál es la función de las parábolas. Para él, son la ocasión de que aparezca la acogida y el rechazo de Jesús y su mensaje. Los discípulos encarnan la postura de los que acogen a Jesús. Ellos comprenden y pueden profundizar en el significado de las parábolas, porque son los sencillos, a quienes Dios ha revelado los misterios del Reino. Sin embargo, los que han rechazado a Jesús, como los escribas, los fariseos, no entienden nada, porque sus ojos y sus oídos están cerrados, como ya anunció Isaías.

Por eso afirma el Señor: **dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen.** No basta con tener ojos y oídos: los ojos son “dichosos” si ven, y los oídos si oyen, es decir, si son capaces de estar abiertos. Y también nuestro cerebro y nuestro corazón son “dichosos” en el caso de comprender lo que el Señor quiere transmitirnos.

Como hemos dicho, las parábolas de Jesús son tan sencillas que parecen asequibles a cualquier entendimiento; pero a la vez son tan profundas que sólo algunos son capaces de descifrar su significado. Jesús las quiso así, Él convertía con ellas a sus oyentes en protagonistas de esas historias, y también les cuestiona, como si preguntase: ¿Y tú, qué piensas al respecto, qué harías?

Ante las parábolas hay que decidirse. Son historias inacabadas, interrogantes en espera de una respuesta que cada uno de nosotros está llamado a dar con sus opciones de vida y su compromiso personal. Por eso, no debe extrañarnos que ante las parábolas, algunos se queden impasibles, mientras que en otros se producen interpretaciones diferentes. Lo cierto es que ninguna interpretación puede agotar su contenido, por eso son una fuente privilegiada en la que beber lo esencial de la predicación de Jesús sobre el Reino de Dios.

Las parábolas sólo vamos a poder interpretarlas con la luz del Espíritu Santo. Sólo Él nos da la clave de interpretación y nos capacita para la escucha. Y a la hora de interpretar una parábola, no debemos olvidar los tres niveles de lectura, inseparables:

- 1) El sentido único y concreto que Jesús quiso darle cuando la expuso por primera vez.
- 2) El sentido con que nos la relataron los evangelistas.
- 3) El sentido que nosotros les infundimos al aplicarla a nuestra realidad.

Pero este último sentido no está sujeto a arbitrariedades: cada parábola hay que interpretarla siempre en el contexto de todas las demás, en el contexto de todo el Evangelio, y en el contexto de toda la Revelación.

Para la reflexión:

- ¿Entiendo las razones de Jesús para utilizar las parábolas en su predicación del Reino? ¿Me ocurre lo que denunciaba Jesús citando a Isaías: miran sin ver y escuchan sin oír ni entender... han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure?
- Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. ¹⁷En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. ¿Escuchar las parábolas es para mí una dicha? ¿Recuerdo alguna ocasión especial?
- Ante las parábolas hay que decidirse. Son historias inacabadas, interrogantes en espera de una respuesta que cada uno de nosotros está llamado a dar con sus opciones de vida y su compromiso personal. ¿Me siento cuestionado al escuchar una parábola? ¿Cómo respondo?
- Cada parábola hay que interpretarla siempre en el contexto de todas las demás, en el contexto de todo el Evangelio, y en el contexto de toda la Revelación. Al leer o escuchar una parábola, ¿tengo presente una visión de conjunto de todo el Evangelio, o la tomo como un texto aislado?

En este primer retiro, vamos a contemplar una parábola muy breve, pero muy profunda.

Mc 4, 26-29:

²⁶Jesús les dijo: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. ²⁷Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. ²⁸La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. ²⁹Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega».

San Marcos es el único evangelista que nos transmite esta parábola. Con ella, Jesús afirma que con el Reino de Dios acaece igual que con una semilla: no manifiesta su plenitud de repente, sino poco a poco, sin violencia, y a partir de comienzos humildes. El Reino de Dios es una realidad oculta e imperceptible en su desarrollo. Como ocurre con las plantas, nuestro ojo no puede verlo ni nuestro oído puede percibirlo en el mismo instante en que se está produciendo. Sólo con el paso del tiempo podemos verificar su crecimiento.

Pero aunque la manifestación plena del Reino se pondrá en evidencia con toda su fuerza al final de la Historia, ya desde ahora está actuando de manera profunda en su crecimiento lento. Su callada eficacia está asegurada, pero no de un modo espectacular ni triunfalista.

Esta parábola resalta el contraste entre la espera paciente del sembrador y el crecimiento irresistible de la semilla. Mientras el sembrador duerme, la semilla va germinando y creciendo “sola”, sin la intervención del agricultor.

Acostumbrados a valorar casi exclusivamente la eficacia y el rendimiento, hemos olvidado que el Evangelio habla de fecundidad, no de esfuerzo, porque Jesús entiende que la ley fundamental del crecimiento humano no es el trabajo incesante, sino la acogida de la vida que vamos recibiendo de Dios.

La sociedad actual nos empuja con tal fuerza al trabajo, la actividad y el rendimiento, que ya no percibimos hasta qué punto nos empobrecemos cuando todo se reduce a trabajar y ser eficaces. Esta lógica de la eficacia está llevando al hombre contemporáneo a una existencia tensa y agobiada, a un deterioro creciente de sus relaciones con el mundo y con las personas, a un vaciamiento interior donde Dios desaparece poco a poco del horizonte de la persona.

Pero la vida no es sólo trabajo y productividad, sino regalo de Dios que hemos de acoger y disfrutar con corazón agradecido. Para ser verdaderamente humana, la persona necesita aprender a estar en la vida no sólo desde una actitud productiva, sino también contemplativa. La vida adquiere una dimensión nueva y más profunda cuando acertamos a vivir la experiencia del amor gratuito, creativo y dinamizador de Dios.

Jesús viene a decirnos que el crecimiento del Reino depende mucho más de la iniciativa de Dios que de los esfuerzos humanos. Eso no significa que la persona pueda desentenderse del todo, pero no le toca controlar el proceso mediante el cual el Reino avanza. Su tarea es sembrar, pero sólo Dios hace madurar los frutos y asegura la cosecha.

En este sentido hay unas palabras clave en esta parábola: **sin que él sepa cómo**. Es como un guiño que Dios dirige a quienes formamos su Iglesia, para que no caigamos en la presunción de creer entenderlo todo sobre el Reino, cuando en realidad parece que no entendemos nunca nada.

No comprenderemos jamás cómo aquella determinada semilla, que tanto prometía y en la que tantas esperanzas habíamos puesto, no germina; pero aquella otra que habíamos descartado porque dábamos por sentado que nunca podía germinar, acaba produciendo un fruto maravilloso.

No lo comprenderemos nunca, simplemente porque no es cosa nuestra. Con esta parábola, Jesús nos recuerda que el poder está en la semilla, no en quien la siembra. Y ese poder le viene porque en ella está presente el Amor de Dios.

Si es por amor como Dios se hace débil, este amor es también lo que hay de más fuerte. El amor es lo que puede cambiar el desierto en un vergel, y lo que hace posible lo imposible. Y el amor, lo sabemos bien, es siempre incomprensible. Y si así ocurre en el amor humano, con mayor motivo, cuando se trata del amor de Dios, nunca entenderemos nada, nunca sabremos cómo actúa. Sólo debemos acogerlo y dejar que vaya creciendo en nuestra vida.

Para la reflexión:

- ¿Qué pensamientos y sentimientos produce en mí la lectura de esta parábola?
- El Reino de Dios es una realidad oculta e imperceptible en su desarrollo. Como ocurre con las plantas, nuestro ojo no puede verlo ni nuestro oído puede percibirlo en el mismo instante en que se está produciendo. Sólo con el paso del tiempo podemos verificar su crecimiento. ¿He vivido esta experiencia, en mí mismo o en otras personas o realidades?
- Para ser verdaderamente humana, la persona necesita aprender a estar en la vida no sólo desde una actitud productiva, sino también contemplativa. La vida adquiere una dimensión nueva y más profunda cuando acertamos a vivir la experiencia del amor gratuito, creativo y dinamizador de Dios. ¿Qué predomina en mi vida diaria, el trabajo y la productividad o la contemplación? ¿Reconozco y agradezco a Dios las pequeñas cosas de cada día?
- ¿Qué me sugieren las palabras: *sin que él sepa cómo*? ¿Me creo que entiendo el Reino de Dios?
- Medito este párrafo: En esa semilla se unen, de modo incomprensible para nosotros, la debilidad y la potencia, la fuerza, porque en esa semilla se condensa el amor de Dios. Si es por amor como Dios se hace débil, este amor es también lo que hay de más fuerte. El amor es lo que puede cambiar el desierto en un vergel, y lo que hace posible lo imposible. Y el amor, lo sabemos bien, es siempre incomprensible. Y si así ocurre en el amor humano, con mayor motivo, cuando se trata del amor de Dios, nunca entenderemos nada, nunca sabremos cómo actúa. Sólo debemos acogerlo y dejar que vaya creciendo en nuestra vida.

ACTUAR:

Con esta parábola, Jesús nos enseña que muchas cosas que nos preocupan y agobian se simplificarían bastante si fuésemos capaces de sembrar y dejar crecer; sembrar y olvidarnos del asunto; sembrar y seguir sembrando. Ser capaces de, una vez hecho todo lo posible, dejar el proceso posterior en manos de Dios, y esperar que el proceso se cumpla.

Ojalá fuéramos capaces de “dormir”, sabiendo que la semilla puesta por nosotros se va desarrollando aunque no sepamos cómo. Vivir la paciencia, no como los que padecen en silencio, sufriendo sin pelear, sino como la capacidad de dejar a Dios ser Dios, como decía San Francisco de Asís. Esto requiere fe y capacidad de trabajo, además de humildad y sencillez del alma.

Jesús nos insiste en que la fuerza para crecer habita en la semilla, y que el crecimiento no depende de nosotros. Necesitamos acoger y respetar la acción del Espíritu, que sin depender de nosotros aunque sí contando con nosotros, es capaz de hacer crecer el Reino de Dios.

Por eso, aunque hoy día tengamos motivos sobrados para la preocupación y casi la desesperanza, esta parábola contiene un anuncio de esperanza, basado en la fe. El Reino de Dios llega indefectiblemente gracias a Cristo y a su Espíritu, por eso el creyente no debe dejarse llevar por el desaliento y el pesimismo.

Dada nuestra afición a las programaciones, a la eficacia productiva, al éxito rápido y espectacular, a las estadísticas y porcentajes, es frecuente la impaciencia por los frutos visibles y palpables. Impaciencia que aplicamos a todos los sectores: a lo eclesial y pastoral, a lo familiar, a lo educativo, a las obras sociales...

Incluso llevamos la impaciencia a nosotros mismos. A veces, sobre todo cuando ya hemos llegado a la edad adulta, nos planteamos: después de años de cristianismo, de formación, de celebraciones, de ejercicios espirituales y retiros, de oración y lectura de la Biblia... ¿para qué han servido tantos esfuerzos si yo mismo o todo lo demás sigue o parece seguir igual?

Uno quisiera ver crecer rápidamente, en nosotros mismos y en los demás, por dentro y por fuera, un cristianismo pujante, frondoso y cargado de frutos maduros. Pero como esto no se produce, vamos cediendo al desaliento y a la desesperanza, creyendo que estamos perdiendo tiempo y fuerzas.

Sin embargo, la semilla de Dios tiene un dinamismo silencioso pero imparable, y fructificará con toda seguridad. No pretendamos aplicarle criterios de eficacia inmediata, porque éstos no son los baremos que sigue el desarrollo del Reino de Dios.

Dios rechaza los medios deslumbrantes y avasalladores. Por eso, necesitamos ahondar en la oración, en la contemplación, en el gozo del Espíritu, para captar la gratuidad de Dios

Necesitamos aprender a vivir más atentos a todo lo que hay de regalo en la existencia; despertar en nuestro interior el agradecimiento y la alabanza; liberarnos de la lógica de la eficacia y abrir en nuestra vida espacios para lo gratuito.

Saborea la vida quien se deja querer, quien se deja sorprender por lo bueno de cada día, quien se deja agraciar y bendecir por Dios. Hemos de agradecer tantas personas que acompañan nuestra vida, y no pasar de largo ante tantos paisajes hechos sólo para ser contemplados y disfrutados y, así, dar valor a las cosas pequeñas, a la sonrisa, a los gestos sencillos pero auténticos, que son como la minúscula semilla del Reino de Dios.

Para la reflexión:

- Medito este párrafo: muchas cosas que nos preocupan y agobian se simplificarían bastante si fuésemos capaces de sembrar y dejar crecer; sembrar y olvidarnos del asunto; sembrar y seguir sembrando. Ser capaces de, una vez hecho todo lo posible, dejar el proceso posterior en manos de Dios, y esperar que el proceso se cumpla. ¿Soy capaz de actuar así? ¿Por qué?
- Hemos de agradecer tantas personas que acompañan nuestra vida, y no pasar de largo ante tantos paisajes hechos sólo para ser contemplados y disfrutados y, así, dar valor a las cosas pequeñas, a la sonrisa, a los gestos sencillos pero auténticos, que son como la minúscula semilla del Reino de Dios. Pienso en personas concretas, lugares, gestos... que encarnan estas palabras.

RETIRO: “LAS PARÁBOLAS DE JESÚS”

I.- INTRODUCCIÓN. EL GRANO QUE CRECE POR SÍ SOLO.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿cuántas parábolas de Jesús sabría enumerarle?
- ¿Comprendo el significado de las parábolas? ¿Hay alguna que me resulte difícil de entender?
- ¿Descubro nuevos aspectos cada vez que las vuelvo a escuchar, o siempre me quedo en el mismo significado?
- ¿Qué parábola es la más significativa para mí? ¿Por qué?

JUZGAR - I:

Mt 13, 10-17

¹⁰Se le acercaron los discípulos y le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?». ¹¹Él les contestó: «A vosotros se os han dado a conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. ¹²Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. ¹³Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. ¹⁴Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: "Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; ¹⁵porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure". ¹⁶Pero dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. ¹⁷En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.

- ¿Entiendo las razones de Jesús para utilizar las parábolas en su predicación del Reino? ¿Me ocurre lo que denunciaba Jesús citando a Isaías: miran sin ver y escuchan sin oír ni entender... han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure?
- Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. ¹⁷En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. ¿Escuchar las parábolas es para mí una dicha? ¿Recuerdo alguna ocasión especial?
- Ante las parábolas hay que decidirse. Son historias inacabadas, interrogantes en espera de una respuesta que cada uno de nosotros está llamado a dar con sus opciones de vida y su compromiso personal. ¿Me siento cuestionado al escuchar una parábola? ¿Cómo respondo?
- Cada parábola hay que interpretarla siempre en el contexto de todas las demás, en el contexto de todo el Evangelio, y en el contexto de toda la Revelación. Al leer o escuchar una parábola, ¿tengo presente una visión de conjunto de todo el Evangelio, o la tomo como un texto aislado?

JUZGAR – II:

Mc 4, 26-29:

²⁶Jesús les dijo: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. ²⁷Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. ²⁸La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. ²⁹Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega».

- ¿Qué pensamientos y sentimientos produce en mí la lectura de esta parábola?

- El Reino de Dios es una realidad oculta e imperceptible en su desarrollo. Como ocurre con las plantas, nuestro ojo no puede verlo ni nuestro oído puede percibirlo en el mismo instante en que se está produciendo. Sólo con el paso del tiempo podemos verificar su crecimiento. ¿He vivido esta experiencia, en mí mismo o en otras personas o realidades?
- Para ser verdaderamente humana, la persona necesita aprender a estar en la vida no sólo desde una actitud productiva, sino también contemplativa. La vida adquiere una dimensión nueva y más profunda cuando acertamos a vivir la experiencia del amor gratuito, creativo y dinamizador de Dios. ¿Qué predomina en mi vida diaria, el trabajo y la productividad o la contemplación? ¿Reconozco y agradezco a Dios las pequeñas cosas de cada día?
- ¿Qué me sugieren las palabras: *sin que él sepa cómo*? ¿Me creo que entiendo el Reino de Dios?
- Medito este párrafo: En esa semilla se unen, de modo incomprensible para nosotros, la debilidad y la potencia, la fuerza, porque en esa semilla se condensa el amor de Dios. Si es por amor como Dios se hace débil, este amor es también lo que hay de más fuerte. El amor es lo que puede cambiar el desierto en un vergel, y lo que hace posible lo imposible. Y el amor, lo sabemos bien, es siempre incomprensible. Y si así ocurre en el amor humano, con mayor motivo, cuando se trata del amor de Dios, nunca entenderemos nada, nunca sabremos cómo actúa. Sólo debemos acogerlo y dejar que vaya creciendo en nuestra vida.

ACTUAR:

- Medito este párrafo: muchas cosas que nos preocupan y agobian se simplificarían bastante si fuésemos capaces de sembrar y dejar crecer; sembrar y olvidarnos del asunto; sembrar y seguir sembrando. Ser capaces de, una vez hecho todo lo posible, dejar el proceso posterior en manos de Dios, y esperar que el proceso se cumpla. ¿Soy capaz de actuar así? ¿Por qué?
- Hemos de agradecer tantas personas que acompañan nuestra vida, y no pasar de largo ante tantos paisajes hechos sólo para ser contemplados y disfrutados y, así, dar valor a las cosas pequeñas, a la sonrisa, a los gestos sencillos pero auténticos, que son como la minúscula semilla del Reino de Dios. Pienso en personas concretas, lugares, gestos... que encarnan estas palabras.

Muchas cosas nos preocupan y agobian. Jesús nos alienta a buscar primero el Reino de Dios y su justicia y confiar que todas las demás cosas serán añadidas. (Mateo 6,33). Y para ello nos los irá enseñando en Parábolas.

No te preocupes, qué debes comer y qué debes beber
 No te preocupes, con qué debes vestir ni qué debes tener
 ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?
 Mira las aves de cielo, no siembran ni siegan.

Busca el Reino de Dios y su justicia, todas las cosas serán añadidas (Bis)

Voy a amar a mi vecino, y también a mi enemigo
 Voy a ganar a mi vecino, y también a mi enemigo
 Voy a acompañarlo, y también a consolarlo
 Voy a demostrarle que el Señor lo espera para amarle
 para amarle, para amarle, para amarle.

Busca el Reino de Dios y su justicia, todas las cosas serán añadidas (Bis)

No te preocupes, qué debes comer y qué debes beber
 No te preocupes, con qué debes vestir ni qué debes tener
 ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?
 Mira las aves de cielo, no siembran ni siegan:

Busca el Reino de Dios y su justicia, todas las cosas serán añadidas (bis)

<https://www.youtube.com/watch?v=uaPCMNDUxYg>

